

3. LA DISCIPLINA DE LA ORACION

Yo soy la base de tu súplica; en primer lugar, es mi voluntad que Tú seas el Dueño de ella; luego, yo hago que Tú la quieras; y después, yo hago que Tú la imploras, y Tú la imploras. ¿Cómo pudiera ocurrir, entonces, que Tú no seas el Dueño de mis súplicas? — Juliana de Norwich

La oración nos lanza a la frontera de la vida espiritual. Es una investigación original en un territorio no explorado. La meditación nos introduce en la vida profunda. El ayuno es un medio acompañante, pero la disciplina de la oración nos lleva a la obra más profunda y más elevada del espíritu humano. La verdadera oración crea la vida y la transforma. “La oración —la oración secreta, ferviente y de fe— está en la raíz de toda santidad personal”,¹ escribió William Carey.

Orar es cambiar. La oración es la avenida principal que Dios usa para transformarnos. Si no estamos dispuestos a cambiar, abandonaremos la oración como característica notable de nuestra vida. Cuanto más cerca lleguemos al corazón de Dios tanto más comprenderemos nuestra necesidad y desearemos conformarnos a Cristo. William Blake dice que nuestra tarea en la vida consiste en aprender a conducir los “rayos de amor” de Dios. ¡Con cuánta frecuencia inventamos mantos de evasión —refugios a prueba de rayos— a fin de eludir al eterno Amante! Pero cuando oramos, Dios, de manera lenta y bondadosa, nos revela nuestros lugares escondidos, y nos libra de ellos.

“Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Santiago 4:3). Pedir correctamente es algo que envuelve una transformación de las pasiones, una total renovación. En la oración, la oración real, comenzamos a pensar como Dios piensa; a desear lo que él desea; a amar lo que él

ama. Progresivamente se nos enseña a ver las cosas desde su punto de vista.

Todos los que han andado con Dios han considerado la oración como la principal tarea de la vida. Marcos escribió: “Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Marcos 1:35). Estas palabras sobresalen como un comentario sobre el estilo de vida de Jesús. El deseo que David tenía de Dios rompió las cadenas complacientes del sueño: “. . . De madrugada te buscaré . . .” (Salmos 63:1). Cuando los apóstoles se sintieron tentados a emplear sus energías en otras tareas importantes y necesarias, determinaron entregarse continuamente a la oración y al ministerio de la palabra (Hechos 6:4). Martín Lutero declaró: “Tengo tanto que hacer, que no puedo continuar sin pasar tres horas diariamente en oración”. El tenía un axioma espiritual: “El que ha orado bien ha estudiado bien”.² John Wesley dijo: “Dios no hace nada que no sea en respuesta a la oración”.³ El respaldaba su convicción dedicando dos horas diarias a ese sagrado ejercicio. El rasgo más notable de la vida de David Brainerd fue la oración. Su diario está impregnado de relatos relacionados con la oración, el ayuno y la meditación. “Me encanta estar a solas en mi cabaña, donde puedo pasar mucho tiempo en la oración.” “Aparto este día para ayunar en secreto y para orar a Dios.” “Cuando regreso a casa y me entrego a la meditación, a la oración y al ayuno . . .”⁴

Para los exploradores de la frontera de la fe, la oración no fue un pequeño hábito prendido ligeramente de la periferia de su vida: *La oración fue su misma vida*. Fue el trabajo más serio de sus años más productivos. William Penn dio testimonio de George Fox en el sentido de que, “Por encima de todo sobresalió en la oración; . . . tengo que decir que él alcanzó en la oración la estatura más impresionante, viviente y digno de reverencia que yo jamás haya experimentado o visto”.⁵ Adoniram Judson se retiraba de los negocios y de los acompañantes siete veces al día, a fin de ocuparse en la oración. Comenzaba a la medianoche; luego al amanecer, volvía a orar. Posteriormente, a las nueve, las doce, las tres, las seis y las nueve de la noche, dedicaba tiempo a la oración en secreto. John Hyde, de la India,

hizo de la oración una característica predominante de su vida, y se le dio el apodo de “Hyde, el que ora”. Para ellos, y para todos los que han desafiado las profundidades de la vida interior, su todo fue la oración.

Muchos, sin embargo, nos sentimos desanimados en vez de sentirnos desafiados por tales ejemplos. Esos “gigantes de la fe” están tan lejos de cualquier cosa que nosotros hayamos experimentado, que nos sentimos tentados a desesperar. Pero en vez de flagelarnos por nuestro evidente vacío, debemos recordar que Dios siempre nos busca donde estamos y nos lleva hacia las cosas más profundas. Los que trotan ocasionalmente no entran de repente en la carrera olímpica. Se preparan y entrenan durante un período, y así debemos hacer nosotros. Cuando progresamos así, podemos esperar orar con más autoridad y buen éxito espiritual dentro de un año que ahora.

Para nosotros es fácil salir derrotados desde el comienzo, por cuanto se nos ha enseñado que todas las cosas en el universo ya están establecidas; de modo que las cosas no pueden cambiarse. Nosotros podemos decir esto melancólicamente, pero la Biblia no lo enseña. En la Biblia, los que hacían oración oraban como si sus oraciones pudieran producir una diferencia objetiva; y en efecto, la producían. El apóstol Pablo anunció con gozo que nosotros somos “colaboradores de Dios” (1 Corintios 3:9); es decir, estamos trabajando con Dios para determinar el resultado de los eventos. El estoicismo es el que demanda un universo cerrado; la Biblia no. Algunos, a causa de su hincapié en la aquiescencia y la resignación con la manera como se hallan las cosas “según la voluntad de Dios”, realmente se encuentran más cerca de Epicteto que de Cristo. Moisés fue osado para orar, por cuanto creyó que podía cambiar las cosas, incluso la mente de Dios. De hecho, la Biblia destaca tan enérgicamente la apertura del universo que, mediante un antropomorfismo difícil de entender para los oídos modernos, habla de que Dios cambia constantemente su manera de pensar en conformidad con su inmutable amor (véase, por ejemplo, Exodo 32:14; Jonás 3:10).

Eso nos viene a muchos como una genuina liberación, pero también coloca ante nosotros una tremenda responsabilidad.

¡Estamos trabajando con Dios para determinar lo futuro! Ocurrirán ciertas cosas en la historia si oramos correctamente. Debemos cambiar el mundo por medio de la oración. ¿Qué otra motivación necesitamos para aprender que este ejercicio humano es el más excelso de todos?

La oración es un tema tan amplio y multiforme, que instantáneamente reconocemos la imposibilidad de siquiera tocarlo levemente en todos sus aspectos en un solo capítulo. Se ha escrito una miríada de libros genuinamente buenos acerca de la oración. Uno de los mejores es el clásico de Andrew Murray, *La escuela de la oración*.^{*} Haríamos bien en leer ampliamente y experimentar profundamente si deseamos conocer los caminos de la oración. Ya que la restricción con frecuencia intensifica la claridad, este capítulo se concretará a aprender a orar con éxito espiritual a favor de otras personas. Tanto las mujeres como los hombres modernos necesitan desesperadamente de la ayuda que les podamos dar; así que, nuestras mejores energías debieran dedicarse a esta tarea.

El aprendizaje de la oración

La oración real es algo que se aprende. Los discípulos le pidieron a Jesús: “Señor, enséñanos a orar” (Lucas 11:1). Ellos habían orado toda la vida y, sin embargo, algo relacionado con la calidad y el tiempo en la oración de Jesús hizo que ellos comprendieran lo poco que sabían acerca de la misma. Si la oración de ellos había de producir alguna diferencia en el escenario humano, necesitaban aprender algunas cosas.

Una de las experiencias liberadoras de mi vida vino cuando entendí que la oración envolvía un proceso de aprendizaje. Yo me sentí libre para preguntar, para experimentar y aun para fracasar, pues comprendí que estaba aprendiendo. Durante años yo había orado por todo y con gran intensidad, pero sólo había tenido un éxito marginal. Pero entonces entendí que era posible que yo estuviera haciendo algunas cosas erradas, y que podía aprender de una manera diferente. Tomé los Evangelios y corté

^{*}Publicado por la Editorial Clie.

todas las referencias a la oración y las pegué en hojas de papel. Cuando pude leer de una sola sentada la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la oración, quedé conmovido. Las excusas y explicaciones que se me habían enseñado con respecto a las oraciones no contestadas estaban erradas, o las palabras de Jesús estaban equivocadas. Decidí aprender a orar para que mi experiencia se conformara con las palabras de Jesús, en vez de tratar de hacer que sus palabras se conformaran a mi escasa experiencia.

Tal vez la más sorprendente característica de la oración de Jesús fue que, cuando oró a favor de otros, *nunca* concluyó diciendo: “si es tu voluntad”. Tampoco hicieron esto los apóstoles ni los profetas cuando oraron a favor de otros. Obviamente, antes de hacer la oración de fe, ellos creían que sabían cuál era la voluntad de Dios. Estaban tan inmersos en la atmósfera del Espíritu Santo, que cuando encontraban una situación específica sabían qué era lo que debía hacerse. Su oración era tan positiva, que con frecuencia tomó la forma de un autorizado mandamiento directo: “Anda”; “Sé sano”; “Levántate”. Comprendí que cuando se estaba orando por otros, evidentemente no había lugar para aquellas oraciones indecisas, tentativas y de una esperanza a medias en que se dice: “si es tu voluntad”.

Luego busqué individuos que parecían experimentar mayor poder y eficacia en la oración que yo, y les rogué que me enseñaran todo lo que ellos supieran. Además, busqué la sabiduría y la experiencia de los maestros que en el pasado enseñaron acerca de la oración. Compré y leí todos los libros buenos que pude hallar sobre el tema. Comencé a estudiar con un nuevo interés a los hombres de oración del Antiguo Testamento.

Al mismo tiempo, comencé a orar por otros con la esperanza de que ocurriera algún cambio. Estoy agradecido por el hecho de que no esperé hasta que yo fuera perfecto, o hasta que tuviera todo arreglado, para comenzar a orar por otras personas. De otro modo, nunca hubiera comenzado. P. T. Forsythe dijo: “La oración es para la religión lo que la investigación original es para la ciencia”.⁶ Yo sentía que estaba empeñado en una “investigación original” en la escuela del Espíritu. Era algo tan emocionante que no se puede describir. Cada aparente fracaso

conducía a un nuevo proceso de aprendizaje. Cristo era mi Maestro real, de tal modo que progresivamente su Palabra se estaba confirmado en mi experiencia. “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7).

El hecho de entender que la obra de la oración envuelve un proceso de aprendizaje, nos salva de descartarla arrogantemente por considerarla falsa e irreal. Si nosotros encendemos nuestro televisor y éste no funciona, no declaramos que no es verdad que existen las ondas de televisión en el aire. Suponemos que algo está malo, algo que podemos hallar y corregir. Revisamos el toma-corriente, el interruptor, los tubos, hasta que descubramos qué es lo que está bloqueando el flujo de la misteriosa energía que transmite imágenes por el aire. Podemos saber si se ha hallado el problema y se ha arreglado al ver si el televisor funciona o no. Así ocurre con la oración. Podemos determinar si estamos orando bien, al ver que lo que pedimos ocurre. Si no ocurre, entonces buscamos el “daño”. Tal vez estamos orando equivocadamente; tal vez algo dentro de nosotros necesita cambiar; tal vez haya nuevos principios sobre la oración que debemos aprender; tal vez necesitamos paciencia y persistencia. Oímos, hacemos los ajustes necesarios y volvemos a hacer la prueba. Podemos saber que nuestras oraciones están recibiendo respuesta en forma tan cierta como podemos saber si el televisor está funcionando.

Uno de los aspectos más críticos al aprender a orar por otros consiste en ponernos en contacto con Dios, de tal modo que su vida y su poder puedan ser canalizados a través de nosotros hacia otros. A menudo, suponemos que estamos en contacto con Dios cuando en realidad no lo estamos. Por ejemplo, docenas de programas de radio y televisión pasaron por el sitio donde estás mientras leías estas palabras, pero no los oíste porque no estabas sintonizando el respectivo canal. A menudo, las personas oran y oran con toda la fe del mundo, pero no ocurre nada. Naturalmente, no están sintonizando el canal. Comenzamos a orar por otros en el momento que nos concentramos y oímos el apacible trueno del Señor de los ejércitos. El hecho de ponernos a tono con el aliento divino es una obra espiritual; pero sin ese

aliento nuestra oración es una vana repetición (Mateo 6:7). Para tener éxito en la intercesión, el primer requisito es oír al Señor, y también es el segundo y el tercero. Soren Kierkegaard dijo una vez: “Un hombre oraba, y al principio pensó que la oración era hablar. Pero se fue tranquilizando más y más hasta que al fin comprendió que la oración es escuchar”.⁷

La meditación es el preludio necesario para la intercesión. La obra de intercesión, que algunas veces se llama oración de fe, presupone que perpetuamente nuestra oración asciende al Padre para que él nos guíe. Tenemos que oír, conocer y obedecer la voluntad de Dios antes de pedir que se cumpla en la vida de otros. La oración para pedir la dirección de Dios precede constantemente y rodea a la oración de fe.

Entonces, lo primero que hay que hacer para aprender a orar por otros es escuchar la dirección del Señor. Al comienzo, es prudente colocar a un lado la artritis de la tía Susana, por quien has estado orando 20 años. En cuestiones relacionadas con la salud física, siempre tenemos la tendencia a orar primero por las situaciones más difíciles: el cáncer terminal, la esclerosis múltiple. Pero cuando oímos, aprenderemos la importancia de comenzar con cosas más pequeñas como resfriados o dolores de oído. El éxito en los pequeños ángulos de la vida nos da autoridad para las asuntos mayores. Si nos quedamos quietos, no sólo aprenderemos quién es Dios, sino también cómo funciona su poder.

Algunas veces sentimos el temor de que no tenemos suficiente fe para orar por algún niño o por una relación conyugal. Debemos hacer que reposen nuestros temores, pues la Biblia nos dice que es posible hacer grandes milagros con una fe del tamaño de un granito de mostaza. Por lo general, el hecho de tener el valor real para ir a orar por alguna persona es una señal de suficiente fe. Con frecuencia, lo que nos falta no es fe, sino compasión. Parece que una genuina *empatía* entre el que ora y la persona por la cual se ora es lo que frecuentemente produce la diferencia. Se nos dice que Jesús “tuvo compasión” de la gente. La compasión fue un rasgo evidente en todos los actos de sanidad que se produjeron en el Nuevo Testamento. Cuando oramos por la gente, no oramos por cosas, sino por per-

sonas a quienes amamos. Si Dios nos ha dado una compasión y preocupación por otros, nuestra fe crecerá y se fortalecerá cuando oremos. De hecho, si amamos a las personas genuinamente, deseamos para ellas muchísimo más de lo que está a nuestro alcance para dar, y eso hará que oremos.

Si tienes un sentimiento de compasión, ésta es una de las más claras indicaciones de parte del Señor, en el sentido de que tal caso es un proyecto de oración para ti. En los ratos de meditación puede venirte un impulso de corazón, un apremio a interceder, una certidumbre de que es algo apropiado, un fluir del Espíritu Santo. El “sí” interno es la autorización divina para orar por determinada persona o situación. Si la idea está acompañada por un sentido de pesadez o desánimo, entonces probablemente debieras apartarla. Dios dirigirá a alguna otra persona para que ore por ese asunto.

En qué estriba la oración

Nunca debiéramos complicar demasiado la oración. Tenemos la inclinación a hacer esto tan pronto como entendemos que la oración es algo que tenemos que aprender. También es fácil rendirnos a esta tentación, pues cuanto más compliquemos la oración tanto más las personas dependerán de nosotros para aprender a orar. Pero Jesús nos enseñó a acudir como niños al Padre. Franqueza, honestidad y confianza caracterizan la comunicación del niño con su padre. Hay una intimidad entre el padre y el hijo que da lugar tanto a la seriedad como a la risa. Meister Eckhart anotó: “El alma dará a luz la persona, si Dios le sonríe, y ella le devuelve la sonrisa”.⁸

Jesús nos enseñó a orar por el pan de cada día. El niño pide pan para el desayuno con la absoluta confianza de que se le proveerá. El no necesita guardar en un lugar secreto los panes de hoy por temor a que mañana no habrá nada. Desde el punto de vista de él, hay una interminable provisión de panes. Al niño no le parece difícil ni complicado hablarle a su padre, ni le parece vergonzoso hablarle sobre la más simple necesidad.

Los niños nos enseñan el valor de la imaginación. Tal como ocurre en el caso de la meditación, la imaginación es una po-

derosa herramienta en la obra de la oración. Pudiéramos tener alguna reserva en cuanto a orar con la imaginación, por pensar que es algo que está por debajo de nuestro nivel. Los niños no tienen esa reserva. Tampoco la tuvo Santa Teresa de Avila: “Este era mi método de oración: cuando no podía reflexionar con mi entendimiento, yo procuraba visualizar a Cristo dentro de mí . . . Hice muchas cosas sencillas de esta clase, . . . creo que mi alma ganó muchísimo de esta manera, pues yo comencé a practicar la oración sin saber lo que ésta era”.⁹ Según la obra *Saint Joan* de George Bernard Shaw, Juana de Arco insistió en que ella oía voces procedentes de Dios. Los escépticos le informaron que esas voces procedían de la imaginación de ella. Sin alterarse, ella contestó: “Sí, así es como Dios me habla”.

La imaginación le abre la puerta a la fe. Si podemos “ver” con los ojos de nuestra mente que una pareja matrimonial separada está unida, o que una persona enferma está sana, sólo queda un corto paso para creer que tal cosa sucederá.* Los niños entienden instantáneamente estas cosas y responden bien a la oración con la imaginación. Una vez me llamaron a un hogar para que orara por una nenita que estaba gravemente enferma. Su hermanito de cuatro años de edad estaba en el cuarto. Así es que le dije que necesitaba la ayuda de él para orar por su hermanita. A él le encantó, y a mí también, puesto que sé que los niños con frecuencia oran con una rara eficacia. El se subió a la silla que estaba junto a mí. “Vamos a hacer un jueguito —le dije—. Como nosotros sabemos que Jesús siempre está con nosotros, imaginemos que él está sentado en aquella silla que tenemos al frente. El está pacientemente esperando que concentremos en él nuestra atención. Al verlo, comencemos a pensar más en su amor que en lo enferma que está Julia. El sonrío, se pone de pie y viene hacia nosotros. Luego, pongamos los dos las manos sobre Julia. Cuando lo hagamos, Jesús pondrá las de

*Otros individuos como Agnes Sanford y mi querido amigo, el pastor Bill Vaswig, me han ayudado grandemente a entender el valor de la imaginación en la oración. El libro del pastor Vaswig, *I Prayed, He Answered* (Augsburg Publishing House, 1977), es un excelente recurso para aprender a orar con la imaginación. Las ideas para algunas de las siguientes representaciones mentales me vinieron de esta fuente.

él sobre las nuestras. Observaremos e imaginaremos que el poder de Jesús fluye directamente hacia tu hermanita y hace que ella se sienta bien. Supongamos que el poder de Cristo pelea con los microbios hasta que todos desaparecen. ¿Está bien?” El pequeñito movió la cabeza con seriedad en sentido de afirmación. Oramos los dos de esta manera infantil y luego le dimos las gracias al Señor por el hecho de que lo que habíamos “visto” era lo que iba a suceder. A la mañana siguiente Julia estaba perfectamente bien.

Los niños que experimentan problemas en el salón de clases responden inmediatamente a la oración. Un amigo mío que enseñaba a niños que tenían impedimentos emocionales decidió comenzar con una oración a favor de ellos. Por supuesto, no les dijo a los niños lo que estaba haciendo; simplemente lo hizo. Cuando alguno de los niños gateaba debajo de su pupitre y asumía una posición fetal, mi amigo tomaba al niño en los brazos y en silencio pedía a Dios que la luz y la vida de Cristo sanaran la herida y el odio que el niño se tenía a sí mismo. Para no avergonzarlo, el maestro caminaba por el salón y proseguía sus actividades regulares mientras oraba. Después de un rato, el niño se sentía descansado y regresaba a su pupitre. Algunas veces el amigo mío le preguntaba al niño si él recordaba cómo se sentía al ganar una carrera. Si el muchacho decía que sí, lo animaba a que se imaginara que él estaba cruzando la raya final y que todos sus amiguitos lo estaban aplaudiendo y manifestándole amor. De ese modo, el niño podía cooperar en el proyecto de oración y también reforzar la propia aceptación de sí mismo. (¿No es irónico que las personas se preocupan profundamente por el asunto de hacer oración pública en las escuelas, y raras veces utilizan la oportunidad de orar por los niños de la escuela de este modo, contra el cuál no puede haber ninguna ley?)

Al fin del año escolar, todos los niños, con excepción de dos, pudieron regresar a sus aulas regulares. ¿Coincidencia? Tal vez, pero como señaló el arzobispo William Temple una vez, las coincidencias ocurrían con más frecuencia cuando él oraba.

Dios desea que las relaciones conyugales sean saludables, íntegras y permanentes. Tal vez sepas de alguna pareja matri-

monial que tiene profundas dificultades y necesita tu ayuda. Tal vez el esposo tenga una aventura amorosa. Piense en orar una vez al día durante 30 días por este matrimonio. Imagina mentalmente una acción en que el esposo al encontrarse con la otra mujer se siente consternado y disgustado por haber tenido alguna vez el pensamiento de entrar en esta aventura con ella. Observa el momento en que el mismo pensamiento de una relación amorosa ilícita se vuelve repugnante para él. Imagínalo en el momento de entrar a su propia casa y al ver a su esposa lo abruma un profundo amor hacia ella. Imagínalos dando un paseo los dos y en el paseo se enamoran como lo habían hecho años antes. "Vea" cómo va creciendo la capacidad de ellos para estar accesibles el uno al otro, para hablar y para manifestarse afecto. De manera imaginaria, edifica una gran muralla de ladrillos ente el esposo y la otra mujer. Construye un hogar por amor y consideración para el esposo y su propia esposa. Llénalo de la paz de Cristo.

Tu pastor y los servicios de adoración necesitan estar empapados de oración. Pablo oró por su pueblo; pidió a su pueblo que orara por él. C. H. Spurgeon atribuyó su éxito a las oraciones de su iglesia. Frank Laubach decía a sus auditorios: "Soy muy sensible, y sé si ustedes están orando por mí. Si alguno de ustedes me deja abandonado, yo lo siento. Cuando ustedes están orando por mí, yo siento un extraño poder. Cuando *todas* las personas de la congregación oran intensamente mientras el pastor está predicando, ocurre un milagro".¹⁰ Satura los servicios de adoración con tus oraciones. Imagínate al Señor en su trono alto y sublime y que llena el santuario con su presencia (Isaías 6:1).

Se puede orar por la persona que tiene desviaciones sexuales, con la seguridad de que puede ocurrir un cambio real y duradero. Lo sexual es como un río: Es bueno y es una bendición maravillosa cuando se mantiene dentro de su propio canal. Cuando el río se desborda se vuelve peligroso, y así son también las tendencias sexuales pervertidas. ¿Cuáles son los bordes creados por Dios para lo sexual? Se expresan de la siguiente manera: que un hombre se una con una mujer en matrimonio de por vida. Se siente gozo al orar por individuos que tienen

problemas sexuales; uno se representa mentalmente un río desbordado e invita al Señor para que lo vuelva a su cauce natural.

Tus propios hijos pueden y deben cambiar por medio de la oración. Durante el día ora por ellos y con la participación de ellos. Ora por ellos de noche mientras están dormidos. Una manera deleitosa consiste en ir al dormitorio del niño y mientras él duerme, colocar levemente las manos sobre él. Imagínate que el poder de Cristo fluye a través de tus manos y sana todo trauma emocional y todo sentimiento herido que tu hijo haya experimentado ese día. Llénalo con la paz y el gozo del Señor. Durante el sueño, el niño es muy receptivo a la oración, pues la mente consciente, la cual tiende a erigir barreras ante la bondadosa influencia de Dios, se relaja.

Como sacerdote de Cristo, puedes realizar un maravilloso servicio al tomar a tus hijos en los brazos y bendecirlos. Según la Biblia, los padres no le presentaron los niños a Jesús para que él jugara con ellos ni siquiera para que los enseñara; sino para que pusiera las manos sobre ellos y los bendijera (Marcos 10:13-16). El te dio la capacidad de hacer lo mismo. ¡Bienaventurado el niño que es bendecido por adultos que saben bendecir!

Una excelente idea desarrollada por Frank Laubach en sus numerosos libros sobre la oración es el método de las "oraciones rápidas". ¡El se propuso aprender a vivir de tal modo que "¡ver a alguien sería orar! ¡Oír a alguien, a estos niños hablando, a ese muchacho llorando, podría ser orar!"¹¹ Eso de lanzar oraciones firmes y directas a la gente es una gran emoción y puede producir interesantes resultados. Yo he hecho la prueba. Internamente he pedido el gozo del Señor y una profunda conciencia de que su presencia surja dentro de cada persona que encuentro. Algunas veces las personas no manifiestan ninguna respuesta, pero otras veces dan la vuelta y me sonríen, como si les hubiera dirigido la palabra. Cuando vamos en un autobús o en un avión podemos imaginarnos que Jesús pasa por los pasillos colocando su mano sobre los hombros de las personas y diciendo: "Yo te amo. Mi mayor deleite sería perdonarte y darte todas las cosas buenas. Tienes magníficas cualidades aun sin germinar, las cuales yo desarrollaría si me dijeras que sí. A mí me encantaría gobernar tu vida, si me lo permites". Frank Laubach sugirió

que si millares de nosotros hiciéramos el experimento de lanzar “oraciones sibilantes” a todos con quienes nos encontramos, y compartiéramos los resultados, podríamos aprender mucho acerca de la manera de orar a favor de otros. Si millares de nosotros lanzáramos constantemente un manto de oración alrededor de todos los que están en nuestro círculo, pudiéramos cambiar toda la atmósfera de una nación. “Las unidades de oración combinadas como gotas de agua, forman un océano que desafía la resistencia.”¹²

No debemos esperar hasta sentir el deseo de orar por otros. La oración es como cualquier trabajo: Tal vez no sintamos el deseo de hacerlo, pero tan pronto como hayamos estado un rato realizándolo, comenzamos a sentir el deseo de trabajar. Tal vez no tengamos el deseo de practicar en el piano, pero tan pronto como tocamos un rato, sentimos el deseo de seguir haciéndolo. De la misma manera, los músculos de nuestra oración necesitan hacer ejercicios preliminares durante un rato, y tan pronto como comienza el fluir sanguíneo de la intercesión, descubriremos que tenemos el deseo de orar.

No tenemos que preocuparnos en el sentido de que este trabajo nos tomará demasiado tiempo, porque “No toma tiempo, sino que ocupa todo el tiempo”.¹³ El asunto no consiste en agregar oración al trabajo, sino en orar simultáneamente con el trabajo. Nosotros oramos antes del trabajo, envolvemos nuestro trabajo en oración y oramos después del trabajo. La oración y el trabajo se unen. Thomas Kelly experimentó este modo de vida:

Hay una manera de ordenar nuestra vida mental en más de un nivel al mismo tiempo. En un nivel podemos estar pensando, discutiendo, viendo, calculando, satisfaciendo todas las demandas de los asuntos externos. Pero muy adentro, entre bastidores, a un nivel más profundo también podemos estar en oración y culto, en cántico y adoración, y en una apacible receptividad del aliento divino.¹⁴

Aún nos queda mucho por aprender. Ciertamente, al anhelo de nuestros corazones se sumó al del arzobispo Tait cuando dijo: “Quiero una vida de oración más grande, más profunda, más verdadera”.¹⁵

4. LA DISCIPLINA DEL AYUNO

Algunos han exaltado el ayuno religioso más allá de la enseñanza bíblica y de la razón; y otros lo han descartado totalmente. — John Wesley

En una cultura en que el paisaje está salpicado de altares a los arcos de oro de McDonald's y a cierta clase de templos de tortas de pizza, el ayuno parece estar fuera de lugar, fuera de moda. De hecho, el ayuno ha sido una controversia tanto dentro como fuera de la iglesia durante muchos años. Por ejemplo, en la investigación que hice no pude hallar un solo libro sobre el tema del ayuno, escrito entre 1861 y 1954, un período de casi cien años. Recientemente se ha desarrollado un nuevo interés en el ayuno, aunque con frecuencia se manifiesta dogmático y carece de equilibrio bíblico.

¿Qué explicaría este rechazamiento casi total de un tema tan frecuentemente mencionado en la Biblia y tan ardientemente practicado por los cristianos a través de los siglos? Hay dos cosas. En primer lugar, el ayuno consiguió una mala reputación como resultado de las excesivas prácticas ascéticas de la Edad Media. Con la declinación de la realidad interna de la fe cristiana, se desarrolló una creciente tendencia a hacer hincapié sólo en lo que quedaba: la forma externa. Y cada vez que hay una forma desprovista de poder espiritual, la ley ocupa el puesto, pues la ley siempre tiene consigo un sentido de poder manipulador. De ahí que el ayuno fuera sometido a los más rígidos reglamentos y practicado con extrema mortificación y flagelación. La cultura moderna ha reaccionado vigorosamente contra esos excesos y ha tendido a confundir el ayuno con la mortificación.